

Capítulo I

RAÍCES SOCIALES E IDEOLÓGICAS DE LA REFORMA UNIVERSITARIA

El primer cuestionamiento serio de la Universidad latinoamericana tradicional tuvo lugar en 1918, año que tiene especial significación para el Continente, pues señala, según algunos sociólogos, el momento del ingreso de América Latina en el siglo veinte¹.

Las Universidades latinoamericanas, como fiel reflejo de las estructuras sociales que la Independencia no logró modificar, seguían siendo los “virreinos del espíritu” y conservaban, en esencia, su carácter de academias señoriales. Hasta entonces, Universidad y sociedad marcharon sin contradecirse, ya que durante los largos siglos coloniales y en la primera centuria de la República, la Universidad no hizo sino responder a los intereses de las clases dominantes, dueñas del poder político y económico y, por lo mismo, de la universidad².

1 “La fecha no es casual ya que, por encima de rígidas cronologías, ese año es el verdadero comienzo del siglo veinte, el tramo efectivamente ‘contemporáneo’ en la convencional ‘época contemporánea’ de la común serialización histórica. En su transcurso concluye la Primera Guerra Mundial, sangriento hiato entre las dos centurias reales; pero en su torno se inicia la universalización de profundos cambios sociopolíticos y, naturalmente, educativos.” (Nassif, 1968: 27).

2 “Durante todo el período anterior, las relaciones entre la Universidad y la sociedad no tuvieron en América Latina ningún carácter problemático. Las

El Movimiento de Córdoba, que se inició en junio de 1918, fue la primera confrontación entre una sociedad que comenzaba a experimentar cambios en su composición interna y una Universidad enquistada en esquemas obsoletos³.

Se trataba –apunta Hanns- Albert Steger–, de redefinir la relación entre la sociedad y la Universidad bajo la presión del surgimiento incipiente de sociedades nacionales, dentro de estructuras estatales que ya estaban dadas jurídicamente (Steger, 1971: 23-47).

La importancia de este Movimiento es tal, que varios estudiosos de la problemática universitaria latinoamericana sostienen que ésta no puede ser entendida, en su verdadera naturaleza y complejidad, sin un análisis de lo que significa la Reforma de Córdoba. Con ella entroncan, por cierto, de un modo u otro, todos los esfuerzos de Reforma Universitaria que buscan la transformación de nuestras Casas de Estudios por la vía de originalidad latinoamericana que Córdoba inauguró⁴.

El Movimiento, que no se dio por generación espontánea sino como respuesta a una nueva situación social, no puede ser examinado únicamente desde su ángulo académico-universitario, por importantes que sean los cambios que en este campo propició. Necesariamente, es preciso considerarlo dentro del contexto socioeconómico y político que lo originó. “Quien pretenda reducir la Reforma Universitaria al mero ámbito de la universidad –advierte Luis Alberto Sánchez–, cometería un grueso error” (Sánchez, 1969: 62). Ella rebasa el

Universidades sirvieron, más bien, como columnas de una sociedad dependiente y como instituciones mantenedoras de la estructura social interna de las sociedades latinoamericanas.” (Silva Michelena, Sonntag, 1971: 29).

3 “La Universidad no había encarado aún su problemática esencial. Vivía en el campo de las ideologías de prestado y dentro de una corriente de marcado autoritarismo y franco centralismo cultural.” (Sánchez, 1969:61).

4 “El Movimiento –escribe Gabriel del Mazo– llevaba un sentido de unidad y un mismo aliento americano por su origen y originalidad; americanista por sus fines más próximos, imprimió su tonalidad a toda una época, promoviendo acontecimientos, como una fuerza de la historia, como una conciencia de emancipación en desarrollo.” (del Mazo, 1955: 22).

hecho pedagógico y adquiere contornos de singular importancia para la evolución social de nuestros países. Ésta es, según Augusto Salazar Bondy, la perspectiva correcta para juzgar el Movimiento de la Reforma Universitaria latinoamericana, desde la época de Córdoba:

Lo primero que hay que tener presente es que ella respondió a un proceso muy amplio e intenso de agitación social. Cambios en la correlación internacional de las fuerzas político-económicas, derivados de la guerra, y cambios internos, vinculados con la expansión del capitalismo en América Latina y la emergencia de una clase media que había aumentado considerablemente su número y su participación activa en el proceso social, así como una notoria inquietud en el proletariado que ya se hacía sentir en los principales centros urbanos, determinaron la presencia de un clima propicio a las más hondas transformaciones (Salazar Bondy, 1968: 40).

La clase media emergente fue, en realidad, la protagonista del Movimiento, en su afán de lograr acceso a la Universidad, controlada hasta entonces por la vieja oligarquía terrateniente y el clero. La Universidad aparecía, a los ojos de la nueva clase, como el canal capaz de permitir su ascenso político y social. De ahí que el Movimiento propugnara derribar los muros anacrónicos que hacían de esta institución un coto cerrado de las clases superiores. Sergio Bagú, al analizar la gestación del Movimiento en la Argentina, sostiene que la Reforma Universitaria tiene su origen en la inmigración que a partir del sexto decenio del siglo diecinueve trastorna toda la subestructura económica del país y engendra una categoría social media:

Desde los años noventa en adelante –nos dice– la nueva categoría social va ganando en extensión y en pujanza económica. El proletariado, formado también por el aluvión inmigratorio, se organiza e inicia su actividad gremial y política. El país, casi desierto e inmensamente rico, compensa muchos de sus esfuerzos. La pequeña explotación rural, el pequeño comercio y la pequeña industria fueron el lugar de tránsito entre la clase obrera y la burguesía menor. El hijo del inmigrante, operada su emancipación económica, quiere preparar los peldaños del predominio político y cultural, se hace fuerza pujante de la oposición e ingresa en la Universidad (Bagú, 1959: 9).

En el examen de las causas del fenómeno reformista, no ha faltado la explicación generacional que, según el mismo Bagú, complementa la anterior. Se alude así, por lo menos en el país cuna del Movimiento, a una “generación de 1910” o “generación del Centenario”, que sobreponiéndose al positivismo reinante

intentó penetrar en lo argentino por la vía de las preferencias y de las valoraciones más que por la del determinismo social y ambiental utilizada por los hombres de la década del ochenta y del año 96. En esa nueva generación militaron figuras como las de Alejandro Korn, Ricardo Rojas, Alfredo Palacios, Ricardo Levene, Juan B. Terán, Saúl Taborda y muchos más. En su mayoría, ellos estuvieron comprometidos en el Movimiento de la Reforma Universitaria, aunque siempre dentro del marco de las ideas republicanas y liberales que alimentaron a sus antecesores (Nassif, 1968: 9).

Otro de los ideólogos de la reforma, Julio V. González, sostiene que la Guerra Europea, la Revolución Rusa y el advenimiento del radicalismo al poder en la Argentina, “son las tres llaves que nos abren las puertas a la verdad”. La Guerra Mundial puso en crisis el sistema de valores occidentales, a los cuales América Latina se hallaba adscrita⁵. También produjo el desplazamiento del centro hegemónico dominante de Europa a los Estados Unidos y despertó nuevas expectativas. La llegada del radicalismo argentino al poder en 1916, mediante el ejercicio del sufragio universal, representa el ascenso político de las capas medias, vigorizadas por el torrente inmigratorio⁶.

5 “La no participación de la Argentina en la guerra de 1914-1918 permitió a la Nación –dice Gabriel del Mazo– un repliegue sobre sí misma que le dio perspectiva para esclarecer las causas de aquel desastre. Frente a la civilización europea en crisis, quebrábase el magisterio intelectual de Europa y surgía para la juventud la exigencia vital de salvar a nuestros pueblos del destino de los pueblos europeos. Las Universidades, órganos aquí de las oligarquías económicas e intelectuales extranjerizantes, debían democratizarse y cambiar sus normas culturales.” (del Mazo, 1961).

6 “El Movimiento de la Reforma Universitaria brota y se alienta en el ámbito de un movimiento mayor de raíz democrática y de inspiración ética, con

La creciente urbanización fue otro factor que, ligado a los anteriores, contribuyó a formar la constelación social que desencadenó el Movimiento, justamente calificado como la “conciencia dramática” de la crisis de cambio que experimentaba la sociedad argentina y buena parte de la sociedad latinoamericana⁷.

Perdido el poder político, el patriciado terrateniente, la “gauchocracia”, y la oligarquía comercial se atrincheraron en la universidad, como su último reducto. Pero ahí también le presentaron batalla los hijos de la clase media triunfante y de los inmigrantes, gestores de la reforma⁸. El gobierno radical de Hipólito Irigoyen les brindó su apoyo, pues veía en la reforma una manera de minar el predominio conservador. Todo esto contribuyó a dar al Movimiento un marcado sesgo político, que para algunos no fue favorable para el logro de sus propósitos académicos, olvidando que toda verdadera Reforma Universitaria supone, necesariamente, cambios políticos.

El Movimiento fue así, como sostiene Orlando Albornoz,

la consecuencia de un número de presiones sociales impuestas por la dinámica de la vida económica de la Argentina y por los cam-

que el pueblo argentino, por primera vez en su historia (1916), por medio del sufragio universal auténtico realiza su movilización total en el plano de las instituciones políticas, en la búsqueda de la autenticidad nacional y popular de los poderes públicos. El renacimiento democrático del país trajo el renacimiento democrático de la Universidad.” (del Mazo, 1961).

7 “El ascenso del radicalismo al poder en 1916, como explosión de las clases medias que se venían formando bajo el signo de la inmigración y del pasaje ‘de la rudimentaria economía pastoril a una economía agropecuaria’, no sobrepasó de ‘cierta limpieza burocrática’ (en lo que se pensó ver una revolución ‘desde arriba’) y el ‘drama argentino de 1918’ fue su ‘exteriorización más coherente y definitiva’.” (Jesualdo, 1968).

8 “Resignado el poder al radicalismo, abandonado el campo al inmigrante, sólo quedaba la Universidad. Pero también los claustros se poblaban de voces nuevas, de nombres desconocidos que hallaban cerrado el camino hacia las posiciones anheladas y merecidas. Era siempre la invasión de la clase media, hija del comerciante enriquecido. Hizo punta. Y el proletariado le brindó su apoyo moral, dignificándola.” (Ciria y Sanguinetti, 1962).

bios que se producían en su estructura social. Entre otras cosas, un intenso proceso de urbanización, el cual crea necesidades nuevas, como las de educación superior⁹.

La Argentina –señalan Silva Michelena y Sonntag– fue dentro de los países latinoamericanos el que tuvo un desarrollo industrial de mayor vigor y un proceso de concentración urbana acelerado por las intensas corrientes migratorias que se dirigieron a ese país. Por otra parte, los cambios progresivos, tanto estructurales como culturales, se manifestaron en la Argentina con mayor fuerza que en cualquier otro país latinoamericano (Silva Michelena y Sonntag, 1971: 25).

Esto explica que el Movimiento irrumpiera en la Argentina para luego propagarse, de manera desigual y según las circunstancias de cada país, por el resto de América Latina.

Sin que el Movimiento haya sido un fenómeno meramente ideológico, es indudable la influencia que las corrientes filosóficas de entonces y las ideas de algunos pensadores americanos tuvieron en las declaraciones y en la mentalidad de los principales dirigentes de la Reforma Universitaria. En algunos casos, existen testimonios escritos de estos mismos líderes que reconocen tales influencias. En otros, éstas se perciben en los textos de los manifiestos que tratan de fijar la posición del Movimiento. De ahí que convenga reseñar, aunque sea muy brevemente, sus fuentes ideológicas¹⁰.

9 (Albornoz, 1972) Ángel Mariano Hurtado de Mendoza, escritor reformista, sostiene que la reforma no fue más que la consecuencia del fenómeno general de proletarización de la clase media que forzosamente ocurre cuando una sociedad capitalista llega a determinadas condiciones en su desarrollo económico. “Incurriríamos también en un error –agrega–, si la consideráramos como hasta el momento se ha hecho, como el resultado exclusivo de una corriente de ideas nuevas provocadas por la Gran Guerra y por la Revolución Rusa, o como la obra de la nueva generación que aparece y llega desvinculada de la anterior, que trae sensibilidad distinta e ideales propios y una misión diversa para cumplir.” (Hurtado de Mendoza, 1959:108).

10 Sobre la Reforma Universitaria de Córdoba existe una abundante bibliografía, en la cual se pueden rastrear sus orígenes filosóficos. La Federación

En realidad, se advierten en el Movimiento varias corrientes de pensamiento, aunque todas convergen en la búsqueda de una respuesta nacional y americana. A Juan Carlos Mariátegui debemos un análisis de la ideología del Movimiento, escrito en plena época reformista. Afirma Mariátegui que en cuanto a ideología, el movimiento estudiantil careció, al principio, de homogeneidad y autonomía. “Acusaba demasiado la influencia de la corriente wilsoniana. Las ilusiones demo-liberales y pacifistas que la prédica de Wilson puso en boga en 1918-1919 circulaban entre la juventud latinoamericana como buena moneda revolucionaria”(Mariátegui, 1969), cosa que también ocurrió en Europa, aun entre los viejos partidos socialistas. En la lucha, y gracias al contacto con el proletariado, las ideas se irán aclarando y adquirirán un contorno más social y revolucionario, abandonando la postura inicial romántica, generacional y mesiánica.

Para Ripa Alberdi, el “espíritu nuevo” era producto de la victoria del idealismo novecentista sobre el positivismo del siglo diecinueve. Luis Alberto Sánchez asegura que el advenimiento del neoidealismo bergsonian, que se inicia casi al mismo tiempo en toda América Latina, barrió casi completamente el positivismo y preparó el Movimiento de la reforma (Sánchez, 1969: 61). Risieri Frondizi, a su vez, sostiene que la reforma tuvo

una inspiración inicial de raíz liberal-burguesa y anticlerical, como lo reconocieron los propios iniciadores años después. Los reformistas advirtieron pronto la complejidad del problema universitario y su íntima conexión con el problema nacional. De ahí que la Reforma Universitaria se convirtiera, para muchos, en reforma

Universitaria de Buenos Aires incluyó en la obra que publicó en 1959, con motivo del 40° Aniversario de la Reforma (*La Reforma Universitaria 1918-1958*) una “Bibliografía elemental sobre la Reforma Universitaria”, pp. 377-379. La mejor compilación del pensamiento reformista es la que llevó a cabo Gabriel del Mazo por encargo del Centro de Estudiantes de Medicina en *La Reforma Universitaria* (1926).

social¹¹. El anticlericalismo de la etapa inicial, justificado por la lucha contra la preponderancia eclesial, especialmente jesuítica en la Universidad de Córdoba, epicentro del Movimiento, se transformará después en antimilitarismo y antiimperialismo (Ciria y Sanguinetti, 1962: 51)¹².

Con las corrientes liberales se juntaron también las socialistas y anarquistas, formando todas ellas una trama ideológica compleja que a la postre favoreció al Movimiento, enriqueciéndolo¹³.

11 “El movimiento –agrega Frondizi– se amplió y profundizó. También se dividió. En la actualidad, los términos “reforma” y “reformista” son vagos y cubren una amplia gama de posiciones que van desde el liberalismo finisecular a las diversas modalidades del marxismo; y dentro de éste, desde la revolución social burocratizada hasta las explosiones emocionales de raíz individualista.” (Frondizi. 1972: 16).

12 “El catolicismo aparecía en esa época como el símbolo del conservadurismo, de la tradición y las fuerzas religiosas que gravitaban en la vida universitaria cordobesa: en especial, los jesuitas se presentaban a los ojos de la juventud como el enemigo que con su política obstaculizaba todo posible cambio. Elementos que participaron activamente en el movimiento como Jorge Orgaz, que fuera posteriormente rector de la Universidad de Córdoba, admiten que si el enfrentamiento de 1918 hubiera encontrado a los católicos posconciliares, quizás el elemento religioso no hubiera jugado ningún papel importante y, es más, reformistas y católicos habrían podido militar en frentes comunes.” (Rodríguez de Magis, 1972: 4).

13 En su ensayo “El movimiento estudiantil revolucionario latinoamericano entre las dos guerras mundiales”, Hanns-Albert Steger ha destacado los rasgos anárquicos del Movimiento de Córdoba. Al examinar los reclamos de Córdoba por una liberación de la clase estudiantil, asistencia libre, educación popular, etc., dice: “Todo esto se hallaba incluido dentro de un movimiento anarco-sindicalista de mayores proporciones: el de la Federación Obrera Regional Argentina, por entonces en el primer plano de discusión política, movimiento en el que era muy común la idea de crear Universidades para el pueblo y los obreros, cosa todas en clara conexión con el anarquismo italiano y la *Università Popolare* de Luigi Fabbris. No debemos olvidar que los trabajadores de la industria argentina de aquellos años eran un número considerable de origen italiano”. (Steger, 1972: 15). A su vez, Jorge Graciarena señala que “cargado con la retórica alambicada y difusa de la posguerra, el mensaje político reformista reconocía influencias muy diversas en las que predomi-

¿Tuvo la Reforma de Córdoba maestros?

El drama de la Reforma Universitaria –nos dice uno de sus principales expositores, Gabriel del Mazo– es el drama de una ansiedad discipular sin respuesta, o con la indignante falsificación de una respuesta [...] Por eso la autodocencia fue la única salida en el conflicto... (Del Mazo, 1955:62).

Y aun cuando los reformistas reconocen la influencia que ejerció en su pensamiento el magisterio de algunos intelectuales como José Ingenieros, Alfredo Palacios, Alejandro Korn y Saúl Taborda, lo cierto es que la autoenseñanza fue la actitud predominante en una juventud que desesperadamente buscaba maestros. “Asistimos –escribió Antenor Orrego–, a un maravilloso autodidactismo de la juventud; es más: a la docencia de la juventud sobre los maestros.” En todo caso, si el Movimiento tuvo maestros, no los encontró en las aulas universitarias, sino fuera de ellas. Las aulas no tenían nada que enseñarles.

El sector progresista de la *intelligentsia* argentina brindó su respaldo al Movimiento reformista (Albornoz, 1971: 97). José Ingenieros, que en la primera etapa de su pensamiento evidenció tendencias europeizantes, advirtió en el Movimiento juvenil la “fecunda y sana vertiente para una construcción del porvenir sobre bases

naba el idealismo y la teoría de las generaciones, pero había en él muy poco de marxismo. En sus formulaciones más generales no había un pensamiento vernáculo genuino como luego se intentará hacer en el Perú. Y en verdad, no había motivos para que su crítica social fuera más concreta y radial. La Argentina se encontraba en el período de mayor prosperidad relativa de su historia, su ingreso *per cápita* figuraba entre los primeros del mundo y las nuevas clases medias estaban aprovechando ampliamente esta expansión sin precedentes, de manera que no había motivos para que ellas y otros grupos elaboraran un proyecto revolucionario de transformación del orden social: en estas condiciones, sólo bastaba reajustarlo. En síntesis, el Movimiento Reformista surgió como la expresión universitaria de un movimiento social más general, cuyo centro estratégico estaba formado por las nuevas clases medias urbanas y en cuyo orden social se integró fácilmente, aportándole un dinamismo considerable.” (Graciarena, 1970: 68).

americanas”¹⁴. Pronto se convirtió en su gran animador y, maestro y discípulo a la vez, puso todo su entusiasmo en favor de los reclamos reformistas, convencido de que “la Universidad debía ser una escuela de acción social, adaptada a su medio y a su tiempo” (Ingenieros, 1956: 15). Alfredo L. Palacios, quien ya ejercía un magisterio socialista cuando sobrevino la agitación estudiantil, secundó el Movimiento, pero advirtiendo: “Mientras subsista el actual régimen social, la reforma no podrá tocar las raíces recónditas del problema educacional”¹⁵. Alejandro Korn, quien fue el primer decano refor-

14 En su prólogo al libro *La Reforma Universitaria* de Julio V. González, Aníbal Ponce reconoce la influencia de Ingenieros sobre su generación: “Habíamos aprendido a deletrear declamándonos los unos a los otros, desde los bancos del colegio, los primeros sermones laicos de Ingenieros, y el fervor idealista en que nos inflamara encontraba, por fin, la realidad propicia.” (González, 1922). Sergio Bagú, en el artículo antes citado, dice de Ingenieros que fue el “agitador y guía del movimiento”.

Del Mazo recuerda la aparición de José Ingenieros, en pleno hervor del año 1918, en una multitudinaria asamblea estudiantil para decirle, en tono desafiante: “El pensamiento de esta asamblea incide acertadamente sobre el aspecto de la corrupción local, pero no está a la altura de la magnitud del movimiento al que pertenece, porque recorta su programa. ¿Será necesario que dentro de veinte años algún historiógrafo llegue a demostrar a los militantes actuales que por aquí estaba pasando la historia nacional? Si la reforma no bate a la reacción universitaria en todos sus aspectos –y subrayó el ‘todos’–, movilizadas como están de nuestra parte las fuerzas necesarias para el combate, sólo nos quedará a los universitarios, la vergüenza de ser argentinos [...] Ingenieros –agrega Del Mazo–, no sólo modificó radicalmente ciertas posiciones anteriores, como la de la guerra europea, por ejemplo, sino que en el transcurso del 18 y bajo el nuevo influjo –en vigoroso contagio de nueva fe– fue trasladando poco a poco a América las claves de su pensamiento social y los motivos todos de su interés intelectual.” (del Mazo, 1955: 70-79).

Jorge Orgaz, otro militante del Movimiento, nos dice: “Algunos profesores, muy pocos, eran positivistas, es decir, suscribían una filosofía enteramente contraria al teísmo y, por consecuencia, a la enseñanza a través de dogmas religiosos. De ese positivismo del que fue representativo un hombre olvidado, el Dr. Antonio Piero, surgió luego José Ingenieros, que se perfiló pronto como un ‘maestro de la juventud’ educada en la escuela de la mente desprejuiciada y en la valoración integral de los fenómenos. A Ingenieros siguió, entre otros, Aníbal Ponce.” (Orgaz, 1970: 53).

15 El pensamiento de Alfredo L. Palacios, su destacada participación en el movimiento reformista, las innovaciones que promovió cuando le correspon-

mista en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, ejerció también notable influencia, contribuyendo a ahondar la reflexión filosófica sobre los principios del movimiento renovador, su análisis crítico y la búsqueda de una respuesta auténtica y americana. Para Korn, en la Reforma Universitaria se expresaba “un anhelo de renovación, un deseo de quebrantar las viejas formas de la convivencia social, de tramsutar los valores convencionales”¹⁶.

Varios de los militantes del Movimiento, que participaron en las primeras manifestaciones estudiantiles o en los actos que desencadenaron el proceso, se transformaron más tarde en autoridades de las Universidades reformadas y escribieron obras o ensayos que han contribuido a la decantación del pensamiento reformista. Gabriel del Mazo ha publicado las compilaciones más completas de estos trabajos¹⁷. Entre los propugnadores de la reforma en la Argentina, a quienes por sus escritos se les reconoce la categoría de ideólogos del Movimiento, podemos mencionar, además del propio Del Mazo, quien también desempeñó altas posiciones públicas¹⁸, a Deodoro Roca, autor del célebre Manifiesto Liminar del 21 de junio de 1918, a Sergio Bagú,

dió desempeñar altas posiciones académicas en Buenos Aires y La Plata (decano de la Facultad de Derecho y presidente de la Universidad de La Plata), así como el sentido americano que procuró imprimir a sus mensajes, pueden estudiarse en su obra *La Universidad nueva - Desde la Reforma Universitaria hasta 1957* (1957). La Federación Universitaria de Buenos Aires, en su “Quién es quién en la Reforma Argentina”, que aparece en las páginas finales del libro *La Reforma Universitaria* confiere a Palacios el cognomento de “Maestro de la juventud reformista de América.” (FUBA, 1926).

16 (Korn, 1959: 68). Alejandro Korn, según Del Mazo, se debe principalmente el magisterio filosófico y humanista. Para un mejor conocimiento de su pensamiento ver sus *Obras completas* (Korn, 1949).

17 De la obra de Del Mazo existe también una edición de 1941 (La Plata) y otra de 1967-1968 (Lima).

18 Transcurridos cuarenta años de la reforma, Gabriel del Mazo fue ministro de Defensa en el gobierno de Arturo Frondizi. Por su actitud, calificada de claudicante ante el problema de las universidades privadas, fue censurado por la Federación Universitaria Argentina (FUA) en términos durísimos: “Ex-maestro, cuarenta generaciones os repudian”. Ver *La Universidad revolucionaria* (Cuenca, 1964: 11).

Héctor Ripa Alberdi, Saúl A. Taborda, Carlos Cossio, Julio V. González, los hermanos Arturo, Alfredo y Jorge Orgaz, Mariano Hurtado de Mendoza, Rafael Bielsa, José Luis Lanuza, Ricardo Rojas, Carlos Sánchez Viamonte, Pedro A. Verde Tello, Florentino Sanguinetti, etcétera¹⁹.

Señalamos antes que la Reforma de Córdoba trató de encontrar una respuesta americana a la crisis del momento. El “americanismo” fue otra característica del Movimiento que conviene destacar, así como su denuncia del imperialismo. Ya en el Manifiesto de Junio de 1918, los jóvenes cordobeses aseguran estar viviendo una “hora americana”. Había llegado el momento de dejar de respirar aires extranjeros y de intentar la creación de una cultura propia, que no fuera simple reflejo o trasplante de la europea o estadounidense. La juventud, bajo el impacto de la Guerra Mundial, aspiraba a terminar con el vicio de “querer regir la vida americana con mente formada a la europea” (Escamilla, 1966:17). Esta actitud del reformismo merece ser subrayada, pues aun cuando no dio todos los frutos esperados, su vocación de originalidad latinoamericana señaló un rumbo que los actuales procesos de renovación universitaria no deben perder de vista. En su americanismo, la juventud expresaba el anhelo de superar todas las formas de dependencia. De ahí que Gabriel del Mazo llegara a decir que la reforma “es uno de los nombres de nuestra independencia [de la] vieja Independencia, siempre contenida o adulterada, pero siempre pugnante por re- vivir y purificarse”²⁰.

19 Una lista completa de los principales representantes del reformismo universitario argentino aparece en la obra *La Reforma Universitaria 1918-1958* (1959: 367) (Buenos Aires: Federación Universitaria de Buenos Aires).

20 Alfredo L. Palacios, en su “Mensaje a la juventud iberoamericana” expresó: “Nuestra América, hasta hoy ha vivido de Europa, teniéndola por guía. Su cultura la ha nutrido y orientado. Pero la última guerra ha hecho evidente lo que ya se adivinaba: que en el corazón de esa cultura iban los gérmenes de su propia disolución [...] ¿Seguiremos nosotros, pueblos jóvenes, esa curva descendente? ¿Seremos tan insensatos que emprendamos a sabiendas, un camino de disolución? ¿Nos dejaremos vencer por los apetitos y codicias

Antes de la Primera Guerra Mundial, América Latina vive bajo la influencia del Modernismo, cuyo máximo representante es el nicaragüense Rubén Darío. Sus principales exponentes, bajo el impacto del Destino Manifiesto yanqui y del desbande de “bicéfalas águilas”, devienen exaltados defensores de los valores espirituales hispanoamericanos, para contraponerlos al pragmatismo de *Caliban*. Darío cantará en sus odas inmortales la unidad hispanoamericana y su fe en el futuro. Rodó, a su vez, con lenguaje retórico y entre mármoles y bronces, traza en su *Ariel* los contornos de la cultura de la América española y reafirma el ideal bolivariano de la unidad de las dispersas repúblicas. Los modernistas regresaban así al terruño, tras su cosmopolitismo y su encantamiento por París y sus marquesas Eulalias. “De todos los pueblos, volvían a su pueblo. De metrópolis, a su casa.” (Methol Ferré, 1969). Darío dirá entonces, en los soberbios hexámetros de su “Salutación del Optimista”: “Únanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos; formen todos un solo haz de energía ecuménica”.

El magisterio del Darío de los *Cantos de Vida y Esperanza*, el arielismo de Rodó y las encendidas prédicas de Manuel Ugarte, Alejandro Korn, José Ingenieros y Francisco García Calderón, estimularon el americanismo de los jóvenes reformistas²¹. Congruente con esta línea y sus planteamientos sociales, el Movimiento adoptó muy pronto una clara postura antiimperialista, que más tarde la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), su concreción

materiales que han arrastrado a la destrucción a los pueblos europeos? ¿Imitaremos a Norteamérica, que, como Fausto, ha vendido su alma a cambio de la riqueza y el poder, degenerando en la plutocracia? Volvamos la mirada a nosotros mismos. Reconozcamos que no nos sirven los caminos de Europa ni las viejas culturas”.. Decía por entonces en Córdoba Saúl Taborda: “Seamos americanos. Seamos americanos por la obra y por la idea y no simples factorías.” (del Mazo, 1955: 15).

21 “El americanismo de la reforma aparece como una expresión de afirmación latinoamericana frente al entreguismo y al sometimiento del Continente. Surge este americanismo como un volver a retomar viejos ideales que fueron banderas de los fundadores de nuestra nacionalidad.” (Rodríguez de Magis: 1972).

política más importante, incorporó como punto medular de su programa, dándole relieve continental. La afirmación de lo propio frente a lo foráneo robusteció el sentimiento nacionalista del Movimiento, actitud que, traducida al ámbito universitario, implicaba la “nacionalización” efectiva de la universidad. “La Universidad –decía Del Mazo– no había interpretado lo nacional, como que era intelectualmente extranjerizante y estaba socialmente incomunicada.” (Del Mazo, 1955: 18). Se trataba, pues, de dar sustancia y contenido real a lo que hasta entonces no pasaba de ser simple adjetivo: edificar la auténtica “Universidad Nacional”, la Casa que la cultura superior de la Nación demandaba.

Los historiadores del Movimiento mencionan también la influencia de Ortega y Gasset, que hizo una visita a Buenos Aires en 1916, despertando sus conferencias gran expectación en el ambiente universitario (Bagú, 1959: 32)²².

Tal es la trama ideológica del reformismo, donde no una sino varias corrientes de pensamiento se advierten, sobre un trasfondo de positivismo spenceriano o comteano. Las distintas tendencias de sus ideólogos, pese a sus coincidencias fundamentales en cuanto a la crítica a la Universidad y a la sociedad, mueven a Methol Ferré a sostener que

las bases intelectuales de Córdoba son informes y deleznales, batiburrillo de ideas flotantes en el ambiente [...] Córdoba se sitúa, en rigor, dentro de la confusa crisis del positivismo y materialismo precedentes, y no está en condiciones de acuñar ninguna ideología propia, aunque la anhele en sus altisonancias. (Methol Ferré, 1969).

22 Refiriéndose a la visita de Ortega y Rey Pastor a Buenos Aires, Orlando Albornoz señala que “Estos intelectuales de la *avant gard* de la época trajeron consigo una serie de conceptos que aprendieron en la atmósfera del momento, sobre todo el concepto de ‘generación’ de Ortega. De acuerdo con este concepto, cada generación tenía sus propias responsabilidades históricas y tenía que cumplirlas independientemente de los alcances o fracasos obtenidos por las generaciones anteriores.” (Albornoz, 1972: 96).

Otros autores, desde una perspectiva marxista, han hecho también severas críticas al contenido ideológico de la Reforma de Córdoba. Así por ejemplo, Juan Isidro Jiménez Grullón afirma que la juventud reformista

alentaba los ideales liberales-románticos que la existencia de las dictaduras reaccionarias y el ansia de enriquecimiento personal habían hecho nacer en su clase [...] La Reforma de Córdoba y de las demás Universidades latinoamericanas fueron, pues, nítidas expresiones de una clase social en auge, ciega o indiferente ante la servidumbre de nuestro campesinado y la explotación de nuestra naciente clase proletaria. No obstante el paso de avance que tradujo, no obedeció a una filosofía revolucionaria, que respondería a nuestras realidades socioeconómicas y espirituales y acusara un sentido humanístico (Jiménez Grullón, 1970).

Carlos M. Rama critica el atraso ideológico y científico de la reforma:

Empezando por el principio, se debe reconocer que la misma reforma nació, en ciertos aspectos, atrasada para su tiempo. Su generosidad, idealismo, nobles propósitos y rico contenido humano, se sirven de argumentos ajenos a las grandes corrientes que por 1908-1918 renovaban el mundo de las ideas y la misma historia. A casi noventa años de fundada la sociología, el Manifiesto ignora cómo es la sociedad, que existe algo que es la estructura social, que sus juicios se encuadran en la sociología del conocimiento y, ante todo, que hay una realidad consustanciada con las sociedades occidentales que son las clases sociales. El reformismo habla genéricamente de personas, opone estudiantes a profesores o jóvenes a viejos, pero elude siempre situar el problema universitario en el seno de la problemática social (Rama, 1973: 14)²³.

23 Para Jorge Maksabedián Álvarez, “Una ideología vaga y jacobinista es la esencia del movimiento universitario del 18. Es la ideología de un movimiento pequeño-burgués: el ascenso del radicalismo al poder en la Argentina” (Maksabedián Álvarez, 1971). A su vez, el uruguayo Rodney Arismendi sostiene que “El movimiento del 18 al 30 –su análisis ya es clásico– corres-

Estas críticas parecen olvidar el hecho cierto de que el Movimiento fue contemporáneo del triunfo de la Revolución Rusa y que en América Latina las ideologías generalmente se difunden con un atraso apreciable.

Con todo, las corrientes socialistas estuvieron presentes en la trama ideológica que impulsó la reforma, como vimos antes. Será a Juan Carlos Mariátegui, en el Perú, a quien corresponderá traducir el reformismo universitario en una propuesta de reforma social, amalgamando la reforma con la lucha por la liberación de los indios y mestizos. Sus *Siete Ensayos de interpretación de la Realidad Peruana* fueron lectura obligada de los jóvenes reformistas latinoamericanos de la década de los años treinta (Steger, 1971: 16). “El ideario de la reforma –dice Darcy Ribeiro– expresado admirablemente en el Manifiesto de Córdoba, correspondía, como era inevitable, al momento histórico en que ella se desencadenó y al contexto social latinoamericano, cuyas élites intelectuales empezaban a tomar conciencia del carácter autopetruante

pondió también a cambios en la base de las sociedades latinoamericanas que aceleraban el curso capitalista de su desarrollo. La pequeña burguesía y la burguesía media de entonces, los hijos u otros descendientes de inmigrantes, agricultores, artesanos, talleristas o dueños de las nacientes fábricas, más los intelectuales nutridos por una tradición democrática contra la hegemonía universitaria de las oligarquías latifundistas y comerciales, en el plano pedagógico pretendían adecuar la enseñanza superior a las necesidades del desarrollo capitalista, al incremento de la industria, al mejoramiento técnico de la agricultura y la ganadería, al ímpetu del capitalismo que avanzaba en las nuevas sociedades latinoamericanas pese a estar constreñido por el freno mulero del latifundio y el imperialismo, pero el desarrollo del capitalismo no aparejó la destrucción del latifundio, ni la independencia económica de estos países; y ello trajo como consecuencia la actual deformación de sus economías, matriz de las contradicciones críticas e insolubles del presente. Por su filiación social, este movimiento de Reforma Universitaria llevaba en su seno la propia negación, el desgarramiento y el drama. Como ya lo dijimos, dio algunos cuadros destacados a la revolución socialista, pero éstos, al volverse comunistas expresaban de un modo dinámico el movimiento de reforma, es decir, lo negaban, dialécticamente; recogían el aspecto insurgente del movimiento, pero lo superaban ideológicamente.” (Arismendi, 1966).

de su atraso en relación a las otras naciones y de las responsabilidades sociales de la Universidad, para reclamar una modernización que las volviese más democráticas, más eficaces y más actuantes hacia la sociedad.” (Ribeiro, 1971: 152)²⁴

24 Sostiene Jorge Graciarena: “El Movimiento reformista no fue revolucionario ni en los hechos ni por propia confesión [...] En su Manifiesto Liminar de 1918 se puede leer: ‘Se nos acusa ahora de insurrectos en nombre de un orden que no discutimos, pero que nada tiene que hacer con nosotros’ (el subrayado es mío). En su etapa inicial, la reforma siempre fue consecuente con este principio, nunca pidió o exigió otra cosa que lo que le era pertinente como movimiento que representaba intereses de clase media, excepto en lo relativo al cogobierno paritario. Sin embargo, aun en este terreno, supo ajustarse a las posibilidades que la propia situación ofrecía y sin dificultades aceptó participar en el gobierno universitario con una fracción bastante menor que el tercio que reclamaba. Y es que en realidad no tenía motivos para ser más beligerante y entrar en conspiraciones para derribar un orden que se había mostrado acogedor y flexible ante lo esencial de las exigencias reformistas.” (Graciarena, 1970).